

Conducía el ingeniero



Manuel Romana García (Septiembre 2001)

Ingeniero de caminos, canales y puertos.

*Conducía el ingeniero
carretera de Granada
sin parar donde quisiera,
para una pronta llegada.*

Nuevas oye por la radio:
la carretera cortada,
seis coches y dos camiones
interrumpen la calzada.

Puesto que es profesional
y lleva puesto un buen mapa
buscará otra carretera
para llegar sin tardanza.

La ruta que localiza
se adentra en Las Alpujarras
cuesta arriba, monte abajo,
cada venta, una parada.

Es técnico superior
y sopesa la demanda,
la compara con la oferta
y la opción de no hacer nada.

La tabla multicriterio
Le habla bien a las claras:
Aquí el atasco, allá olivos;
Aquí estrés, allá la calma.

(Otros detalles que importan
no dice la infame tabla,
los tiempos de recorrido,
de internalizados, nada).

Elige la opción segunda,
velocidad limitada
pero distinta de cero,
y que le de el aire al alma.

*Conducía el ingeniero
ya con destino Granada
con abundante rodeo
por importantes montañas.*

Mientras circula medita
con la mente concentrada;
vamos a esta reunión,
dudas sean aclaradas.

Son hasta doce mil metros,
cinco pueblos con sus casas,
seis fincas y nueve accesos
a resolver con la traza.

Lo que es verdad que molesta
es esa noticia mala:
la autoridad superior
ha cambiado la bordada.

Antes quería una cosa,
ahora es otra encomendada;
rehacer todos los planos
parece cosa obligada.

Los servicios afectados,
ni terminados ni nada,
ni de acuerdo están los dueños
de la mansión expropiada.

El comité de vecinos
pide mesas instaladas
en donde asar sus cabritos
cuando la patrona manda.

La Dirección de Proyecto
quiere clotoides más largas
glorietas donde hoy hay cruces
y en todas las curvas, vallas.

*Conducía el ingeniero,
creía que iba a Granada,
pero de tanto pensar,
no se fijó en dónde estaba.*

Cuando se quiso dar cuenta
la carretera, sin marcas,
discurría por un bosque
con arroyos de agua clara.

No da crédito al paisaje.
¿Dónde estamos? ¿qué me pasa?
Echa mano de su móvil,
la cobertura ve mala.

Oyó una vez a un amigo
que en las cumbres las más altas
las telefónicas sirven,
y que más abajo, nada.

Consecuentemente, elige
carreteras con más rampas,
a ver si en una de estas
puede llamar a Granada.

En esas mira un rebaño
con perro y ovejas blancas.
Cuando más busca al pastor,
lo divisa en lontananza.

Sale del coche corriendo
sin mirar en donde para,
cae destrozándose un pie,
la camisa se le embarra.

Este pastor no le ayuda:
sí sabe donde se halla,
más de donde va el del coche,
no conoce ni las trazas.

*Conducía el ingeniero,
quería ir a Granada,
mira el reloj, luego el móvil,
pierde toda la esperanza.*

Por fin oye unos pitidos
con partitura endiablada,
una tonada electrónica
con un mal gusto que espanta.

Reconoce aquella voz,
su colega, que le llama,
le informa de su retraso,
inquieta dónde se halla.

Pretende saber aquél
la razón de la tardanza:
nota signos de impaciencia,
nadie se explica qué pasa.

Balbucea dos excusas
que le son invalidadas,
pide perdón y suplica,
se humilla, escucha y aguanta.

Pide luego direcciones
de esta su encrucijada
entre sornas y sonrisas
éstas son suministradas.

Retoma la carretera,
ya sabe hacia donde marcha.
Ensayo por el camino
cómo componer la cara.

Llega al fin, y allí se encuentra
la reunión acabada.
Es cierto que aún le esperan,
pero es ya con la pitanza.

*Conducía el ingeniero,
ya partía de Granada,
por dentro muy maldiciendo
¿dónde viajarás, mañana? ❖*